

todo, el ánimo ejercitado en despreciar estos bienes pe-
recederos y caducos, se esfuerza á desear los espirituales
y eternos uniéndose con su último fin por medio de la
fe y de la caridad, la cual es como alma y vida de todas
las virtudes, y que sin ella no se merece el premio de la
gloria; y por tanto el que quiere adelantarse en este ca-
mino, y ejercitarse con seguridad y con provecho en él,
ponga todo su cuidado y esfuerzo en el amor de la cruz,
y en la imitacion de la pobreza y deshonra de nuestro
Salvador, primero con el afecto, y despues con el efec-
to, cuándo lo pidiere la ocasion del mayor servicio y
gloria divina, como veremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XV.

DEL TERCER GRADO DE LA VIA ILUMINATIVA, QUE ES LA
POBREZA Y HUMILDAD CON EL EFECTO.

VISTO habemos en los capítulos pasados, cuánto im-
porta para el ejercicio de las verdaderas y sólidas
virtudes, entrar por el camino real de la santa cruz, y
por el amor de la pobreza y desprecio de las riquezas,
por el desprecio de las honras vanas y amor de las in-
jurias de nuestro Salvador; mas porque este amor pocas
veces es verdadero cuando no se llega á la obra, resta
subir al tercer grado, que consiste en ejercitar con efec-
to la pobreza y la humildad.

Y hablando primero de la santa pobreza, á cuatro

cabezas se pueden reducir los casos en que se debe uno
esforzar á experimentarla en el efecto, y no contentarse
con parecerle que la tiene en el afecto. La primera es,
cuando uno, segun el consejo de Cristo nuestro Señor,
pudiendo lícitamente poseer riquezas en el mundo, re-
nuncia todas estas esperanzas de lo que puede adquirir,
antes lo que tiene adquirido lo vende y da á los pobres,
para seguir desnudo á Jesucristo desnudo. Lo cual es
propio de los que son llamados al estado de la perfec-
cion evangélica, en la vida y estado religioso, en el cual
debe uno estar con resolucion de no volver atrás, que
renuncie todos aquellos bienes que le pueden solicitar á
volver al siglo, y haciéndose pobre no le quede arrimo
ninguno ni esperanza de poder vivir en el mundo. Y así
como se cuenta del otro capitán, que en saltando en tie-
rra para hacer guerra á sus enemigos puso fuego á los
navíos para quitar á sus soldados toda esperanza de huir,
sino que se persuadiesen que habian de morir ó vencer;
así quiso Cristo nuestro Señor que los que le hubiesen
de seguir primero vendiesen todos sus bienes y los re-
partiesen por los pobres, de manera que ninguna espe-
ranza les quedase de volver á ellos; y el no hacerlo así
con efecto, es querer uno dar á entender que deja el
mundo y no dejarlo, y simular que cumple los consejos
evangélicos y no cumplirlos. Y como dice san Diadoco
á este propósito ¹: *Per simulationem obediendi mandatis
Dei, monitum salutare non audire*. Lo cierto es, que nues-
tro santo Padre puso en esto tanta fuerza con los que
habian de entrar en la Compañía, que pone admiracion.
Y no será fuera de propósito para reconocer el espíritu
que nuestro Señor le dió de santa pobreza, poner aquí

¹ S. Diadoch. cap. 65 et 66.

sus palabras, que dicen así ¹: *Séales propuesto* (conviene á saber, á los que piden ser admitidos en la Compañía) *cómo la intencion de los primeros que se juntaron en esta Compañía, fué que se recibiesen en ella personas ya deshechas del mundo, y que hubiesen determinado de servir á Dios totalmente, ahora sea en una Religion, ahora sea en otra.* Y dice esto así, porque mandándoles que luego á la entrada distribuyesen sus bienes, dado caso que en el tiempo del noviciado no fuesen contentos de perseverar en la Compañía, no por eso se podrán dar por agraviados de haberles hecho derramar y repartir su hacienda á los pobres, pues están con absoluta determinacion de dejar el mundo, y cuando no sea en esta Religion, de servir á Dios hasta la muerte en otra. Y así añade: *Y conforme á esto, todos los que pretenden entrar en la Compañía, antes que en alguna casa ó colegio de ella comiencen á vivir en obediencia, deben distribuir todos los bienes temporales que tuvieren, y renunciar y disponer de los que esperaren, y esto primeramente en cosas debidas y obligatorias, si las hubiese (y en tal caso cuan presto sea posible se provea) y si no las hubiese, en cosas pias y santas, juxta illud: Dispersit dedit pauperibus. Y aquello de Cristo: Si vis perfectus esse, vade, et vende omnia quæ habes, et da pauperibus, et sequere me. Haciendo la tal distribucion conforme á la propia devocion, y apartando de sí toda confianza de poder haber en tiempo alguno los tales bienes, etc.* Todo esto dice nuestro santo Padre, y otras muchas cosas que santamente y con mucho vigor dispone acerca de la pobreza. Pues ¿con qué otras leyes pudiera más encarecidamente encomendar la pobreza actual, y darnos á entender lo que importa ser pobres con efecto, y renunciar todo

¹ Exam.^oc. 4, § 1.

lo que poseemos para seguir la vida perfecta, que con éstas? Este pues, es el primer caso en que no basta la pobreza espiritual, sino que es menester la actual y efectiva, cuando llama Dios al estado perfecto de la vida religiosa. Y porque para escoger este estado suele ser grande estorbo la dificultad de dejar los bienes temporales, por eso pone tanta fuerza nuestro santo Padre, en que el ejercitante esté indiferente y dispuesto quanto es de su parte, á la pobreza actual, para que el amor de las riquezas ó el dolor de dejarlas no le oscurezca el entendimiento para no conocer la santa inspiracion y llamamiento divino, ó le endurezca la voluntad para no seguirlo.

El segundo caso de la pobreza actual, es cuando Dios se la envia á alguno sin su voluntad ni eleccion, antes muchas veces contra ella, ó porque no puede adquirir lo que desea, ó porque pierde lo que tiene adquirido, ó porque su hacienda perece por algun infortunio, ó porque se la roban con violencia, y como le sucedió al santo Job ¹, vienen los sabeos y los caldeos, y se llevan robados los bueyes y los camellos, ó baja fuego del cielo que abrasa las ovejas con sus pastores, y de una manera ó de otra viene uno á padecer mengua y sentir falta de las cosas necesarias, mayor ó menor, segun la disposicion de la divina providencia. En este caso en que el ser la necesidad inevitable descubre la voluntad divina, es tiempo de conformar con ella la nuestra, y despreciar las riquezas que no podemos alcanzar, y hacer de la necesidad virtud, y abrazar á la pobreza cuando ella nos abraza, y la violencia con que somos despojados de los bienes temporales, convertirla en gozo de esperar los bienes eternos, como dijo el Apóstol ²: «Habeis

¹ Job I, 14-17. — ² Hebr. X, 34.

llevado con alegría el robo de vuestros bienes, sabiendo que teneis otra hacienda mejor y más firme,» donde no pueden llegar los ladrones á robarla.

El tercer caso es, cuando con las riquezas se atraviesa alguna ofensa de Dios, ó mortal ó venial. Porque si es menester quedarse pobre por no cometer ninguna de estas culpas, debe un hombre escóger eso antes que cometerlas. Y si le viniese á las manos el señorío de todo el mundo, y si el demonio se lo prometiese todo, porque hincase la rodilla para adorarle con algun pecado, ha de estar tan libre, que pueda responderle con nuestro Salvador ¹: Vete, Satanás, con todo lo que prometes sin ser tuyo, que á sólo Dios hemos de adorar y servir. En lo cual se ve cuán pocos de los que poseen riquezas tienen el corazon libre de ellas, pues son tantos los que por aumentarlas ó no perderlas, hacen pecados, no sólo veniales, sino mortales; y cuánta verdad es lo que dijo nuestro Salvador ², que es más fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el cielo. Porque no es menos dificultoso dejar un rico sus riquezas, cuando no cabe con ellas por el camino estrecho y por la puerta angosta del cielo, que adelgazarse un camello para entrar por el ojo de una aguja.

En este grado de pobreza están aquellos que por no hacer un pecado, son tan liberales en perder sus haciendas, y tan esforzados en dejarse despojar de ellas, como lo fueron los mártires en dar su sangre y dejarse quitar la vida á poder de tormentos por no negar la fe ni hacer una ofensa contra Dios. De estos católicos tiene hoy muchos Inglaterra, Escocia y otras provincias inficionadas con la herejía, que desamparan sus casas y tierras,

¹ Matth. IV, 10. — ² Ibid. XIX, 24.

y lo que poseian en ellas, y se van peregrinando por reinos estraños, contentos con llevarse consigo su fe á donde la pueden conservar sin peligro *. Y no faltan entre los católicos muchas mujeres honestas, que por serlo padecen gravísimas necesidades, y muchos varones que grangean sus haciendas y administran sus oficios con tanta rectitud y limpieza, que por no hacer un pecado, dan de mano á muy grandes ganancias que se les vienen á entrar por las puertas; y pluguiera á Dios que éstos fueran tantos, que nos quitaran el sentimiento de las muchas personas que venden sus cuerpos y sus almas, y la república tambien, ó rindiéndose fácilmente á la necesidad, ó dejándose arrebatar torpemente de la codicia. Este es el primer grado de humildad que nuestro santo Padre puso, que consiste en sujetarse á la pobreza actual por no hacer un pecado mortal, y dice así ¹: *La primera manera de humildad, es necesaria para la salud eterna, es á saber, que así me baje y así me humille, cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca á la ley de Dios nuestro Señor, de tal suerte, que aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, quier divino, quier humano, que me obligue á pecado mortal.* Y lo que dice aquí del pecado mortal, dícelo por los que están en el primer grado de humildad, que es propio de los incipientes; porque para los que se van aprovechando, lo mismo se debe decir de los pecados veniales, como lo dice el santo Padre en el segundo grado de humildad ²: *Que por todo lo criado, ni por que la vida me qui-*

* Téngase presente que el autor habla en el siglo XVII (Nota del editor.)

¹ 2.^a Semana. Tres grados de humildad.—² Ibid.

tasen, no sea en deliberar de hacer un pecado venial. Y por consiguiente, por no hacerle debe uno aceptar la pobreza actual, y otras pérdidas temporales.

El cuarto caso de la pobreza actual es, no ya por evitar pecados, sino por acrecentar virtudes y merecimientos, y caminar con más fervor á la perfeccion en cualquier estado ó género de vida que uno tenga; y esto puede ser en dos maneras. La primera, sufriendo con paciencia las incomodidades que se ofrecen. La segunda, buscándolas con fervor cuando no se ofrecen. Las incomodidades que se ofrecen son muchas, que no es posible prevenir las ni excusarlas, y es forzoso sufrirlas. Porque ¿qué hombre hay, no digo solamente de los religiosos en sus monasterios, ni de los seglares en sus casas (que muchos de ellos tienen muy cortas y limitadas sus haciendas), pero qué príncipe hay tan poderoso y tan sobrado de los bienes de este mundo, que por olvido ó por descuido, ó por ignorancia, ó por malicia de los criados y oficiales que le sirven, ó por un caso ó por otro, no se le hagan muchas faltas en el vestido, en la comida ó en el aderezo de su casa, en la cama ó en la mesa? Pues en estas ocasiones debe cada uno ponerse delante los pobres que cada día padecen semejantes necesidades y otras mayores, y avergonzarse de que le hagan ventaja en la paciencia y conformidad, no teniéndola él en cosas mucho menores. Porque sin duda hay algunos ricos que cada día están más antojadizos y presuntuosos, y con cada niñería que les falta, se hacen impacientes y no acaban de persuadirse á hacer paz con la pobreza. Y es así, que el que quisiere hallar la paz ha de pensar cuando le falta alguna cosa, que en aquello que le falta es pobre, y ha de amar aquella su pobreza, y abrazarse con ella; y es provechosísimo ejercicio para

todo género de personas, saberse sufrir en estas ocasiones, y acostumbrarse á pasar sin esto y sin aquello, y disimular las faltas que se hacen con su persona sin ira, sin impaciencia, sin quejas, sin priesas, sin turbar la casa y la familia, aprendiendo con lo que de presente les falta á compadecerse de los pobres y socorrer sus necesidades con lo que otras muchas veces les sobra.

Para tener esta igualdad y sufrimiento en las ocasiones, mucho ayudará antes de ellas ejercitarse voluntariamente en sentir algunos efectos de la pobreza, esto es, experimentar algunas incomodidades de las que tienen los pobres. Lo cual se hará sin ostentacion y con provecho si es seglar, reformando su casa y familia, y si es religioso reformando su celda y todas las alhajas de ella, quitando todo lo supérfluo y curioso, cuanto sufre el estado de cada uno. Despues de esto quitando algunas veces de lo que parece necesario en la comida, en el regalo y en el tratamiento de su persona, procurando en todas las cosas tener antes menos que más; por lo cual dice nuestro santo Padre: *Amen todos la pobreza como á madre, y segun la medida de la santa discrecion á sus tiempos sientan algunos efectos de ella, etc.* Porque experimentar la pobreza en el efecto, es probarse cada uno á sí mismo si tiene libre el afecto, y es ejercitarse y ensayarse para cuando se ofrezcan semejantes necesidades sin quererlas, y sobre todo es hacerse más semejante á Cristo nuestro Señor, que siendo rico se hizo por nosotros pobre para enriquecernos, no con las riquezas que dejó, sino con la pobreza que escogió, como dice el Apóstol¹. Luego no hay otra mayor riqueza que la pobreza de Jesucristo. Porque riquísimo es, y todas las

¹ II Corint. VIII, 9.

cosas le sobran al que se abraza con esta pobreza, en la cual pone nuestro santo Padre el tercer y más perfecto grado de humildad, cuando dice ¹: *Tercero es humildad perfectísima, es á saber, cuando incluyendo la primera y segunda siendo igual alabanza y gloria de la divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente á Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre, que riqueza, etc.*

CAPÍTULO XVI.

QUE NO SOLAMENTE ES NECESARIA LA POBREZA ACTUAL SINO TAMBIEN LA HUMILDAD ACTUAL CON EXPERIENCIA DE DESPRECIOS É INJURIAS.

MUCHO es de advertir, que en este tercer paso de la vía iluminativa, para que las virtudes que procuramos sean sólidas y verdaderas, no sólo nos debemos disponer á la pobreza actual, sino también á la humildad actual, ó á la humillacion con experiencia de desprecios é injurias, de falsos testimonios y afrentas, y de ser tenidos por locos y por inútiles, como lo ponderó aquel santo, que tratando de la vida de los monasterios, dijo ², «Conviene hacerte loco por Jesucristo, si quieres seguir la vida perfecta.» Y como quiera que el ánimo del hombre sea naturalmente inclinado á la honra, el que me-

¹ 2.^a Semana. Tres grados de humildad.—² Contempt. mun. lib. 1, c. 17.

nosprecia esta caduca, que se da y se recibe de los hombres, señal es que ha dado ya en el rastro, y empezado á gustar de la honra verdadera, aquella que da el Padre eterno á los que se abrazan con las deshonras de su Hijo. Y digo que este punto es mucho de advertir, porque así lo pide nuestro santo Padre en el lugar que arriba citamos, donde dice ¹: *Es mucho de advertir, encareciendo y ponderándolo delante de nuestro Criador y Señor, en cuanto grado ayuda y aprovecha á la vida espiritual aborrecer en todo, y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza.* Y todo lo demás que allí va diciendo acerca del desprecio de la fama, de la honra y de la estimacion de grande nombre en la tierra, etc. Este es un grande reventon de este camino, en que muchos desfallecen, y es un paso en que la cruz de Jesucristo es tan pesada, que muchos caen con ella, y una ocasion en que muchos se hallan desconsolados con la ignominia de la Pasion. Y por eso es éste un punto que debe ser muy advertido, encarecido y ponderado delante de Dios nuestro Criador y Señor, por muchas razones, conviene á saber, por la gran dificultad que hay en vencerse en esta materia de honra, y por la grande ayuda que de esta victoria resulta á la vida espiritual, y por el grande engaño que muchos reciben ciegos de su ambicion, juzgando que glorifican más á Dios buscando su honra, que sufriendo con humildad su deshonra; y así con color de buscar la honra de Dios, buscan la suya propia.

Para entender este punto y la raiz de este engaño debemos advertir, que lo mismo que enseñó nuestro santo Padre de la pobreza respecto de las riquezas, eso mismo enseñó de la humildad, respecto de las honras,

¹ Exam. c. 4, § 44.

esto es, que el Evangelio generalmente llama á todos los cristianos á la humildad de corazón, que consiste en tener el corazón libre del amor de la honra mundana, y más inclinado á los desprecios de Jesucristo, los cuales se deben abrazar siempre con el afecto y con el efecto, cuando se entendiere ser mayor gloria de Dios nuestro Señor. Los lugares en que esto dice, son casi los mismos en que trata de la pobreza. Lo primero, en el ejercicio del rey temporal ¹: *Que yo quiero y deseo, y es mi determinacion deliberada (sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza) de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio, etc.* Segundo, en el ejercicio de las banderas en la exhortacion de Cristo nuestro Señor á los suyos ²: *Que quieran á todos ayudar en traerlos primero á suma pobreza espiritual, y si su Majestad fuere servida, y los quisiere elegir, no menos á la pobreza actual y á deseo de oprobios y menosprecios, etc.* Y en el coloquio del mismo ejercicio á Nuestra Señora: *Para que yo sea recibido debajo de su bandera primero en suma pobreza, etc. Segundo en pasar oprobios é injurias, por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona, ni desplacer de su divina Majestad.* Lo mismo se practica en los tres grados de humildad, y de esos lugares se trasladó lo que está escrito en el capítulo cuarto del exámen, § 44 ³: *Del desear pasar injurias, afrentas, falsos testimonios y ser tenidos por locos, donde á la su divina Majestad no le fuese ofensa alguna ni al prójimo imputado á pecado.* De toda la cual doctrina se sacan dos cosas. La primera, que hay algunos casos en que será igual ó mayor gloria de Dios nuestro Señor, sustentar la honra y estimacion, que no

¹ 2.^a Semana. Rey temp. — ² 2.^a Semana. Dos banderas. — ³ Exam. c. 4, § 44.

perderla. La segunda, que nuestro corazón debe estar tan inclinado y aficionado á los desprecios y deshonras por sólo imitar á Jesucristo nuestro Señor, que las padeció primero por nosotros, que donde no hubiere el contrapeso de la mayor gloria divina (aunque sea en caso de igual gloria y servicio de Dios) ha de hacer peso en nosotros la imitacion actual de Jesucristo, para abrazarnos con sus vituperios y deshonras, como se dice expresamente en el tercer grado de humildad y en la nota que está despues de él, que dice así ¹: *Para quien desea alcanzar esta tercera humildad, mucho aprovecha hacer los tres coloquios de los binarios ya dichos, pidiendo que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad, para mas le imitar y servir, si igual ó mayor servicio y alabanza fuere á la su divina Majestad.*

Y porque el amor de nuestra propia excelencia nos ciega muchas veces en este juicio, toda la dificultad de este punto consiste en entender cuando es ó no es igual ó mayor gloria divina, padecer ó no padecer injurias y menosprecios: para tomar alguna luz acerca de esto, daremos algunos documentos más despacio en los capítulos siguientes.

¹ 2.^a Semana.